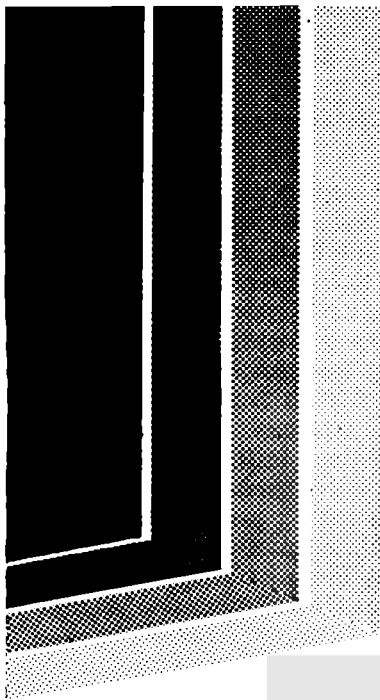




Prostitución informativa

La podredumbre reinante en el periodismo salvadoreño está tocando fondo. Con muy raras excepciones, aventurarse en la lectura de uno de nuestros diarios ("serios" se llaman a sí mismos) o contemplar por televisión algún programa noticioso resulta un ejercicio de oprobiosa mortificación. En El Salvador, por obra y gracia de quienes tienen y retienen el control sobre los medios de comunicación, la labor informativa se ha convertido en una verdadera tarea de prostitución social. Como ramera de la noticia, el periodismo salvadoreño miente, deforma, calumnia, manipula y engaña. Tras el maquillaje de la objetividad y de la honestidad, el periodismo transmite una auténtica sífilis que pretende carcomer la conciencia del pueblo salvadoreño. Pero como prostituta callejera, el periodismo salvadoreño se pliega sumiso y servil a los dictámenes de su proxeneta, "chulo" capitalista o "matón" del poder político. Y, para completar el cuadro de toda auténtica zona roja, al periodista u órgano informativo que no se avenga a prostituirse se le reserva la golpiza, el boicot, la bala asesina o la bomba criminal.

Probar la corrupción del periodismo salvadoreño no es tarea difícil, y de hecho existen ya varios estudios que demuestran documentadamente esta deplorable situación. El caso del periodismo en El Salvador es el mejor ejemplo de una empresa que se proclama libre, pero que acepta servilmente encadenarse (lo que es más que ponerse "en cadena"), que presume de su independencia, pero que reproduce como propias noticias prefabricadas, calumnias personales o

rumores venenosos. En última instancia, el periodismo salvadoreño constituye un ejemplo de una empresa en la que los instrumentos de más alta calidad y costo se ponen al servicio de una causa anti-popular mediante un quehacer éticamente podrido.

Lo primero que llama la atención son los grandes vacíos y silencios que "llenen" la prensa, escrita o hablada, de El Salvador. De creer a nuestro periodismo, los únicos que opinan en El Salvador son los que están de acuerdo con el gran capital o con el gran capitán. Los demás no parecen tener opinión ni respuesta, ni nada que decir, a no ser que se les atribuya lo que ni opinan ni responden, ni han dicho. Porque, cuando no se fabrican silencios, se fabrican opiniones, orquestadamente repetidas por todos los medios de comunicación que ni siquiera tienen el pudor de darles un leve toque original. A los silencios nacionales, se unen los silencios internacionales. Por lo visto, las recientes Olimpiadas de Moscú no tuvieron lugar, aunque sí tuvo lugar un boicot de Estados Unidos a unas olimpiadas que, por la información que se nos dio, es como si no hubieran ocurrido. Está claro, ¿verdad? Nicaragua, por lo menos la Nicaragua sandinista, ha desaparecido del mapa periodístico. Existe, eso sí, un señor Robelo que renuncia de la Junta de Gobierno nicaragüense, o unos ex-guardias somocistas que asesinan jóvenes alfabetizadores de la hermana república. Pero no existe un aniversario de la subida al poder de un gobierno popular sandinista en Nicaragua, al que asisten varios jefes de gobierno y representaciones de casi sesenta

países. No tiene tampoco lugar el final de una prodigiosa campaña de alfabetización, que logra terminar prácticamente con la lacra del analfabetismo en Nicaragua. Nicaragua, lo bueno de Nicaragua, se entiende, no existe ni es noticia para nuestro periodismo criollo.

Pero junto a los silencios, los gritos y las campañas orquestadas. Gritos estridentes, con titulares sensacionalistas, frecuentemente sin relación alguna con el contenido de las noticias mismas. Gritos, todos ellos, pasados por el filtro de una agencia norteamericana o de una sala de prensa "encadenada" a los centros nacionales de información. Gritos que convierten los asesinatos masivos de campesinos en muertes de facinerosos y subversivos. Gritos que transforman las demandas laborales en complots criminales. Gritos que identifican a inocentes civiles asesinados por los cuerpos de seguridad, en peligrosos delinquentes o agresivos guerrilleros. Gritos que hacen de los centros educativos cateados y pisoteados militarmente, antros de indoctrinamiento o arsenales de destrucción. Gritos que califican los locales sindicales dinamitados como focos de subversión. Gritos que calumniaron y denigraron a Monseñor Romero en vida y se apresuraron con su silencio cómplice a darle rápida y eficaz sepultura. Gritos que trastocan, manipulan o deforman las expresiones y declaraciones de quien manifieste el más mínimo desacuerdo con los intereses dominantes o con el poder establecido, y que condenan de antemano a todo aquel que sufra requisa, vejación o atropello por parte de los cuerpos de seguridad o las bandas paramilitares.

Junto al periodismo prostituido, el periodismo mártir. Tristemente son los menos, pero go-

zosamente son los mejores. Quienes, por honestidad personal, ética profesional y amor a su pueblo se niegan a incorporarse al mercado de "blancas" tienen que pagar, y pagar caro, el precio de su coraje. Las bombas contra "El Independiente" o la "YSAX", los ametrallamientos contra Jorge Pinto, director indomable de "El Independiente", el repugnante asesinato de Jaime Suárez Quemay, jefe de redacción de "La Crónica", la ya interminable y siempre negada prisión de Townsend, la expulsión del país o la denegación de entrada a varios periodistas mexicanos, el ametrallamiento de dos periodistas holandeses por un retén policial (declarado a renglón seguido inocente por "falta de pruebas"), el asesinato público de Ignacio Rodríguez, corresponsal del periódico "Uno más uno", por parte de un francotirador del ejército, todo ello son señales claras de la suerte que espera a quienes no aceptan entrar al triste negocio de la información prostituida.

Este nauseabundo espectáculo de prostitución pública parece ser del agrado o, por lo menos, no llamar la atención de esa organización, la Sociedad Interamericana de Prensa, siempre tan presta a rasgar sus vestiduras cuando de gobiernos populares se trata. A la SIP parece no importarle el actual desprecio e irrespeto a que se somete informativamente al pueblo salvadoreño. Pero si hoy no levanta su voz, ¿en base a qué principio podrá levantarla mañana? ¿Qué fuerza moral tendrá mañana el periodismo salvadoreño "serio" o la SIP para reclamar una independencia y una autonomía que hoy tan gustosamente han vendido en el burdel del poder constituido?

A.E.